

La mesa del domingo

www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XIII N° 51

Domingo Tercero de Adviento. Ciclo -B- 14 de diciembre de 2014

ES DESBORDANTE EL GOZO POR EL AMOR ESPONSAL DE DIOS

El domingo “gaudete” se presenta hoy ante nosotros, en este momento concreto de nuestra vida, en este momento concreto de nuestra sociedad, para decirnos que Dios nos ama y que se casa con nosotros para siempre, con un amor eterno. El profeta Isaías anuncia la llegada del que poseerá el Espíritu del Señor, ungido por Dios; un enviado de Dios “para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor”. El anunciado por el profeta no es otro sino Jesús, al que esperamos que venga en la Navidad que ya se acerca. Es el anuncio de que los que sufren en este mundo, aquellos a los que les van mal las cosas, los que pagan por las injusticias de otros, van a tener un alivio en dos fases. La primera porque la llegada de este ungido por el Espíritu de Dios está dirigida especialmente a ellos; la segunda, porque su sufrimiento tendrá un final, y un final feliz. Aquellos que están satisfechos tendrán más difícil el reconocimiento de la buena noticia (aunque Dios no la cierra a nadie), pero serán los pequeños y los indefensos los que verdaderamente tendrán motivo para la alegría. Además de la imagen nupcial, el profeta nos pone también la imagen literaria del jardín: al igual que en él brotan las semillas, el enviado de Dios hará brotar en la tierra la justicia y la acción de gracias a Dios en todos los pueblos. El día que anunciaron los profetas ya llega; no solo llegó, sino que ya llega, pues el Señor Jesús llega a nosotros cada día de nuestra vida. Hoy nos alegramos especialmente porque su venida está ya próxima.

San Pablo apela también a nuestra alegría, a una alegría permanente que se manifiesta todos los días de nuestra existencia. El apóstol completa su llamada con la Acción de Gracias también permanente, afirmando con toda claridad que esa es la voluntad de Dios para los discípulos de Cristo Jesús. Y como garantía, la fidelidad de Dios: “El que os ha llamado es fiel y cumplirá sus promesas”.

El pasaje del evangelio de San Juan en la liturgia de hoy nos hace una presentación de Juan el Bautista como “un hombre enviado por Dios”. El narrador lo muestra como “testigo de la luz”, pero nos afirma a renglón seguido que él no es la luz. Otras tres negativas dice Juan en primera persona antes de atribuirse la identidad como “la voz que grita en el desierto: Allanad el camino del Señor”. Nos ha dicho que no es él el Mesías, que no es Elías y que no es el Profeta. Con el mismo

verbo que el evangelista ha utilizado para decirnos que Dios envió a Juan, nos dice ahora que las autoridades religiosas enviaron sacerdotes y levitas para preguntar al Bautista acerca de su identidad. La actividad de Juan y el grupo de discípulos que escucha sus prédicas ha llegado ya al templo de Jerusalén y sus autoridades se muestran preocupadas por una actividad religiosa que surge al margen del control suyo. La brecha entre el templo y la actividad de Juan es muy clara; los discípulos del Bautista eran gente desencantada de sus autoridades, del declive de la vida religiosa en torno al lugar del culto centralizado y de la corrupción de sus dirigentes. Juan allana el camino del Señor, le prepara un pueblo bien dispuesto lejos de la influencia del templo de Jerusalén y de sus autoridades. Este es un aspecto que se resalta poco en los comentarios acerca de la persona de Jesús. Se dice que, para nacer, eligió la buena disposición de María y de José, la pobreza del pesebre, la gente sencilla de Nazaret... pero no se remarca que eligió vivir y predicar lejos de la influencia del judaísmo oficial del templo y de los sacerdotes. Sin embargo, esa es la realidad y eso explica, ya desde el principio, que la actividad religiosa de Jesús provocara recelos en los fariseos, en los sacerdotes y en el sanedrín. Jesús no era su “amigo”; se había situado frente a ellos y eso hacía tambalear su autoridad. Decididamente, Jesús resultaría molesto para ellos.

Puesto que Juan ha afirmado no ser ni el Mesías ni el Profeta ni Elías, los recaderos le preguntan con qué autoridad bautiza. La respuesta de Juan tampoco es sobre sí mismo, sino sobre aquel que es su referente, al que precede, al que anuncia: “Existía antes que yo y no merezco ni desatar la correa de su sandalia”. O sea, Jesús es el que da autoridad a Juan para bautizar; la autoridad de Juan no procede de sí mismo ni del templo de Jerusalén, sino de Jesús, el anunciado y precedido. La referencia geográfica “al otro lado del Jordán” reafirma la idea de estar fuera de las fronteras de Israel; ese será el lugar de la actividad de Jesús.

En resumen, diremos que hoy la liturgia nos invita a alegrarnos porque el Señor ya está cerca. Él trae la buena noticia para los pequeños, para los que sufren. Él es la luz que viene a iluminar nuestras vidas, nuestras dificultades, nuestras oscuridades. Juan es su precursor; en él se cumple la profecía de Isaías cuando Dios enviaba un heraldito que anunciase su propia venida a su pueblo. Juan nos lo anuncia y el Señor está ya próximo, viene ya; Dios viene, una vez más, a nuestras vidas.

P. JUAN SEGURA